



*Diario*  
*de un* **Seducitor**

JOAQUÍN de SAINT AYMOUR

**DIARIO DE UN SEDUCTOR**

© JOAQUÍN DE SAINT AYMOUR

***Diario de un Seductor*** es una obra registrada en la Propiedad Intelectual. Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial, así como su distribución por cualquier medio. No se permite la incorporación de este texto a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

## JOAQUÍN de SAINT AYMOUR

Periodista, Escritor y Divulgador especializado. Autor de múltiples libros (Novela, Ensayo, Divulgación, etc.), entre otros la saga editorial titulada *El Efecto Mariposa* (Ediciones Obelisco), formada por *El Efecto Mariposa*, *El Efecto Mariposa en Acción*, *El Efecto Mariposa y la Prosperidad* y *El Efecto Mariposa en el Amor*.

Es autor de obras con gran éxito en el campo del Coaching, el Potencial Humano y la Superación Personal, tales como *Coaching Arquetípico*, *Coaching para Dejar de Fumar*, *Superación Personal*, *Adelgazar con Salud*, *Libre Mente*, *Meditación Activa* y *Sofrología*, todos ellos editados en formato digital (eBook) y a la venta en Amazon, la librería online más grande del mundo.

El Autor también dispone de varias obras grabadas con su propia voz y editadas en formato de sonido MP3, para que puedas escucharlas en todo momento y donde prefieras. Aquí tienes una selección de las más apropiadas para el ámbito del Coaching, la Autoayuda y la Superación Personal: *Coaching Mental*, *Visualización Creativa*, *Sesión de Coaching Personal*.

Asimismo, Joaquín de Saint Aymour ofrece a través de su página Web ***El Efecto Mariposa*** un Servicio de Coaching y Asesoramiento Personalizado, como ayuda y respaldo en la consecución de los objetivos personales y profesionales.

Todas las obras (Libros y Audios), junto a los demás servicios ofrecidos por el autor los tienes reunidos en su Web personal, donde además encontrarás interesantes reportajes de los temas relacionados con todo el ámbito de la Psicología Práctica, la Superación Personal y la Autoayuda de calidad.

[www.saintaymour.wordpress.com](http://www.saintaymour.wordpress.com)

DIARIO DE UN SEDUCTOR

*Todos matan lo que aman: el cobarde con el beso, el valiente con la espada*  
**Oscar Wilde**

Hoy la he visto por primera vez. No la conozco de nada, nunca me había cruzado antes con ella en mi negligente deambular por esta ciudad en decadencia, como una vieja tramoya que se hunde inflamada en los confines del horizonte. No me ha mirado, nadie repara en mí. Bajo mi aspecto anónimo soy como la sombra de un fantasma, un hombre maduro que oculta su pasado bajo identidades inventadas, acorde con la máxima que proclamara Michel Montaigne: “deberíamos vivir la vida como si fuera la de un personaje ficticio”.

Antes de comenzar te advierto que aquí no vas a encontrar una tópica novela romántica de velas encendidas y pétalos de rosa flotando en la bañera, con parejas que se aman hasta la eternidad mirándose a los ojos embelesados. Más bien, esta es una historia sobre nuestro lado más oscuro, de las pasiones ocultas, el fin de la inocencia y la caída en los abismos.

La elegida es tan joven que la supongo inexperta en los avatares de la vida y de los hombres, el arquetipo perfecto para el fin que le aguarda entre mis manos de creador comprometido con el mundo del arte y de la belleza, una chica sin malear todavía. Pero yo nunca subestimo a una doncella, por joven que sea. Ella siempre será mejor y más fuerte que cualquier hombre. Por eso siento un gran respeto hacia las mujeres, nunca pienso en ellas como una *víctima* o un *objetivo*, pues ante todo me considero un rendido admirador del universo femenino.

Rendido y, sin embargo, peligroso.

Soy un hombre poseído por los demonios de la literatura. Un escritor maldito. Un poeta urbano, que convierte la ficción en realidad y la realidad en ficción; la existencia cotidiana en un arte y las mujeres en poesía. Soy como un embalsamador de la belleza, un pintor de naturalezas muertas.

Mi libro de cabecera es *El arte de amar*, escrito por el poeta romano Ovidio. Lo elegí porque ya no quedan seductores como los de antaño, ahora sólo hay hombres que disimulan su complejo ante las mujeres cayendo en los tópicos que la sociedad propaga igual que nuevos mantras para el consumo, como esa tontería que prodiga la *sensibilidad masculina* y el *descubrir tu lado femenino*.

Por el contrario, al seductor le conviene una cierta indolencia para no mostrar su juego de perversidades, aunque debe comportarse con la intrepidez que toda mujer en el fondo desea. Tal como lo expresa Ovidio, “el amor, como la milicia, rechaza a los pusilánimes y a los tímidos que no saben defender sus banderas”. El amor es una milicia, sí, pero la seducción es un sacerdocio, exige una entrega mucho más allá de lo físico, para llegar a lo psicológico. Porque antes de penetrar en el cuerpo de una mujer, tendrás que saber penetrar en su cabeza.

Todo seductor ha de tener un acusado sentido de la estética y saber elegir a la protagonista de su transformación. Seducir a cualquiera revela escaso compromiso y poca exigencia con la misión. Seducir a varias para demostrar tu hombría sólo evidencia una falta de auténtica virilidad. Un seductor no es un conquistador, ni mucho menos lo que la literatura conoce como un *Don Juan*. El verdadero seductor es un creador que sublima la belleza y la feminidad, revela todo el potencial de una joven para convertirla en mujer, como la oruga termina transformada en mariposa, y luego muere feliz revestida de toda esa hermosura.

Ayer estuve durante un rato largo en el mismo lugar y a la misma hora en que me crucé con ella en la Plaza de Cataluña, sentado en un banco dejando pasar el tiempo, aunque mi espera no diese los frutos deseados. No importa, seguiré aguardándola, porque intuyo por su forma casi sonámbula de caminar que quizá ese recorrido se trate de un trayecto frecuente o habitual.

Cuando la vi el otro día ella cruzaba la Plaza de Cataluña en diagonal, llegando, yo diría, que del Paseo de Gracia. Un albor de palomas levantó el vuelo a su paso, provocando un fugaz y repentino aleteo. Atravesó la calle por el cruce de peatones en dirección hacia la Rambla. Yo me quedé observándola, evaluando su figura, su forma de caminar (elegante y tan escasamente convencional en las chicas de su edad), la media melena de color castaño con reflejos dorados en el sol encarnado de la tarde que declina por detrás de los edificios, añadido a ese aire de joven inteligente, todavía no enterada de su poder.

En el momento en que fui a seguirla, el semáforo del paso peatonal ya estaba cerrado y un torrente de tráfico me lo impidió. He de asegurarme, porque no me sirve una chica cualquiera; sin embargo, la primera impresión ha sido muy favorable. Por ejemplo, al atravesar la banda en vuelo de las palomas no dio muestras de sobresalto, continuó adelante como si fuera un espíritu inmarchesible, que sólo las aves lograsen percibir y quisieran respetar. Cualquiera en semejante situación se hubiese llevado las manos a la cabeza para protegerse o hubiera hecho un atolondrado requiebro, tal vez emitiendo un grito indecoroso.

Deseo que la protagonista de mi experimento sea una persona de carácter, necesitará temple para soportar lo que le aguarda durante todo el proceso de modelado. La experiencia de la que hablo supone un intenso trauma, que una gran parte de las mujeres con parecida edad no lograrían soportar. Ella no lo sabe, pero la otra tarde, al cruzarse conmigo, lo hizo por primera vez con su destino.

Por fin la he vuelto a ver. El mismo recorrido, la misma carpeta contra el pecho, el mismo caminar indolente y elegante a la vez. Una indumentaria clásica y discreta, que revela su buen gusto, sin estridencias, aunque con el toque sofisticado (quizá un rasgo de rebeldía) de la cazadora tejana sobre un vestido de corte formal, de señorita perteneciente a una destacada esfera social.

Hoy sí he podido seguirla, bajando por la Rambla, densa de paseantes, en dirección al Liceo, a cuyo edificio ha entrado por la estrecha calle Sant Pau, donde figuran los accesos para el personal del teatro. Creo adivinar el motivo: intuyo que la chica pertenece a la plantilla de la Joven Orquesta y Coro del Liceo, y en la carpeta lleva las partituras de la obra que tal vez se hallan ensayando para una futura interpretación. De ser así, me agrada; la prefiero sensible y con alma de artista, pues la caída en el abismo será mucho más dramática.

He aguardado hasta que saliera de nuevo (una hora más tarde) sentado en una mesa del restaurante del Hotel España. Entonces la he seguido de regreso, seguramente hacia su casa, y no he tenido que aguardar mucho para comprobarlo. Ha entrado en un edificio palaciego del Paseo de Gracia, en aquel sobre cuya cúpula de pizarra negra campa el emblema comercial cincelado en bronce, perteneciente a la conocida empresa de seguros La Unión y el Fénix.

En el recibidor al estilo neoclásico, decorado con mármoles, apliques y lámparas de latón, languidece aburrido un portero ya próximo a jubilarse, uniformado de gris y tan macilento como una figura de cera. Le pregunto por la chica que acaba de subir en el bello ascensor modernista y, tal como yo esperaba, me contesta muy severo que no puede ofrecer información a cualquiera que llegue consultando sobre los vecinos que habitan el edificio. Lo que todo portero desea es demostrar su autoridad sobre la pequeña parcela que recae bajo su égida profesional. Pero hay algo más fuerte que dicha demostración de autoridad, y es el afán de protagonismo que distingue a cualquier ser humano. Así lo dejó claro Andy Warhol cuando aludió a los “quince minutos de gloria” que toda persona desea disfrutar por lo menos una vez en la vida.

Entonces le filtro que soy periodista de investigación y el portero agranda los ojos, interesado. El hecho de que me halle indagando algún episodio escabroso que pueda salir al otro día en los periódicos me garantiza su colaboración. Quiere mostrarse como el hombre bien informado que a sí mismo se considera. Y es entonces cuando accede a lo que deseo:

--Esa chica se llama Elvira y es pariente de la señora Giralt, una dama de gran empaque.

--¿Giralt? --repito, brindándole la ocasión para que me demuestre su amplio conocimiento en el pequeño universo vecinal que domina.

--¿No la conoce usted? Pues Lluisa Giralt fue una cantante de ópera muy conocida en su época, toda una celebridad --se me acerca en confianza y huelo su aliento a coñac barato--, dicen que incluso la cortejó Alfonso XIII, porque al rey le gustaban mucho las actrices y la cupletistas.

--¿En qué piso vive? --inquiero atajando su chismorro.

--Arriba del todo, en los áticos, el mejor dúplex del edificio. Elvira es una sobrina nieta que vive con ella desde niña. Oiga, ¿esto cuándo sale? --pregunta el portero, cada vez más interesado.

Como tengo previsto volver por allí, me conviene llevármelo a mi terreno, así que le digo, adoptando un tono confidencial:

--Todavía no lo tengo claro, he de atar algunos cabos.

--Bueno, yo no he comentado nada, ¿eh? --subraya precavido--, que a la señora Giralt le gusta pasar lo más desapercibida posible. Ya es bastante anciana la pobre, y está muy achacosa. Me tiene dicho desde hace años que no haga subir a nadie que venga preguntando sobre su pasado en el mundo de la ópera.

He seguido a Elvira varios días a prudencial distancia, desde que sale hasta que regresa de nuevo. Así he podido saber, por ejemplo, que asiste al prestigioso colegio Jesús y María de San Gervasio, y que varias tardes al mes acude al Liceo para recibir lecciones de ballet, lo cual explica su elegante caminar de gacela.

Su piel tiene la palidez y consistencia del nácar, unos ojos azules e inocentes, que seguro no han visto nunca la fealdad de la vida, criada en una jaula de oro, como un animal precioso, en el formidable ático de su anciana tía, perteneciente a un mundo en el ocaso de su existencia, como la imagen en blanco y negro de una vieja enciclopedia ilustrada y fuera de uso.

Elvira no habrá escuchado todavía palabras de amor, como no sea en el cine o en la televisión. Por eso no percibe las miradas masculinas, no piensa que pueda ser el foco de interés para ningún hombre, porque aún es demasiado joven para ello.

La veo detenerse frente al escaparate de una boutique especializada en ropa interior, de las múltiples que hay abiertas en el Paseo de Gracia. Mira con cierto asombro las prendas que visten los maniqués, en particular un conjunto en color negro, de seda bordada, el más caro, sensual y vistoso de Christian Dior. Posa los ojos interesada, preguntándose quizá por qué las mujeres eligen ropa tan hermosa para cubrir las bellezas de su cuerpo sin nadie puede apreciarlas.

Considero que por fin ha llegado el momento propicio para poder abordarla y me acerco. La miro desde su espalda y a través del reflejo del cristal, absorbo todavía en el valioso conjunto de ropa interior.

--Te sentaría de maravilla --digo, susurrándole al oído.

Ella se vuelve sobresaltada por la repentina intrusión, pero antes de darle tiempo a reaccionar, a que me demuestre que se trata de una chica educada y con el recato propio de su condición, yo retrocedo un paso, esgrimo una leve sonrisa de disculpa, junto a una sutil inclinación de cabeza como saludo, y continúo adelante con mi paseo, con las manos en los bolsillos, entre las hojas quebradizas que caen planeando de los madroños plantados en las aceras del bulvar.

No me detengo, ni mucho menos me vuelvo, sigo caminando negligente, disfrutando de la cálida tarde que nos ha deparado el otoño. Por hoy basta con eso, no debo hacer nada más. He implantado la peligrosa semilla en su mentalidad indefensa todavía. Y pronto crecerá en su interior como una planta carnívora, devorando su plácido sueño adolescente con imágenes tan turbias que despertará ruborizada y sin aliento, húmeda de anhelo por primera vez.

Ni siquiera me ha visto con la suficiente claridad para poder identificarme después, en la siguiente ocasión, pero confío en que recordará mi voz cuando pase dentro de unos días por el ático donde reside junto a su vieja tía. Entonces comenzará su proceso de aprendizaje y devastación.

Días después, acorde con lo previsto, acudo a mi cita concertada por teléfono (cuyo número me ha facilitado el portero del edificio) para entrevistarme con doña Lluisa Giralt. Le llevo una botella de brandy al portero con el fin de seguir manteniendo su cómplice colaboración ante cualquier imprevisto. Y el hombre se deshace obsequioso considerándose un caballero en toda regla.

He preparado la visita con todo detalle. No debo mostrar demasiado interés, ni mucho menos curiosidad. Finjo que soy un profesional acostumbrado a entrevistar celebridades. La vieja dama me recibe a la puerta del ático demostrando una encomiable voluntad en agradar, un retazo de su buena educación, apoyado el brazo izquierdo en una muleta de aluminio y el derecho en su nieta Elvira, vestida también para la ocasión con un juvenil atuendo que acentúa su inocencia, un tesoro que yo voy a robarle muy pronto, pero no antes de que lo suplique, de que pida ser la inmólada en el sacrificio de su propia virginidad.

Pasamos a una salita iluminada desde un mirador acristalado, por donde penetra la luz filtrada de la tarde atravesando los cortinajes livianos, tendidos al aire como sudarios. Tal como suponía, Elvira, que se afana en servir el té, no me ha reconocido. Sin embargo, cuando comienzo a exponer frente a la dama el motivo de mi visita, la veo de rojo ruborizarse. Acaba de recordar mi voz.

Lluisa Giralt es una mujer gruesa, vestida por completo de blanco, igual que una vieja novia victoriana. La cabellera canosa, larga y lacia dividida en dos mitades y recogida con esmero por atrás en un apretado moño ensartado con horquillas y peinetas. Irradia la elegancia trasnochada de las grandes divas de antaño. Pasa el tiempo impedida en una butaca o en su silla de ruedas, junto al ventanal por donde puede ver, a lo lejos, por encima de la ciudad, el mar sumido en la bruma del horizonte. Vive ignorando cuanto la rodea. La frivolidad ya no encaja dentro de su anacrónico mundo, porque haber llegado a más de los noventa es una cruel fatalidad, permite que veas como la muerte se va llevando a las personas que amas y conoces, mientras eres testigo de toda esa desdicha.

Elvira permanece presente durante nuestra conversación, preguntándose si de verdad soy yo el que le susurró aquello frente al escaparate de ropa interior. He podido saber que tiene 16 años, aunque parece mayor. Es muy hermosa, tanto de rostro como de figura; me satisface haber acertado en mi elección, aunque no es hacerme con su cuerpo lo que yo deseo, sino con su alma. Porque la mayor posesión de todas no ambiciona la estética carne sino la sublime del espíritu.

Durante la conversación mantenida con la respetable dama he sabido que los padres de su sobrina fallecieron a causa de un accidente de tráfico cuando ella sólo tenía un año de vida, demasiado poco para recordarlos, y por tanto ni siquiera los echa de menos. Elvira, que no viajaba con ellos aquel fatídico día, se quedó huérfana de golpe y fue acogida por Lluisa Giralt.

La chica no tiene ninguna experiencia en las añagazas que oculta el confortable aunque traicionero mundo que le rodea. Puesto que no ha conocido nunca otra cosa, Elvira considera normal su peculiar modo de vida, del acreditado colegio religioso en régimen de internado en donde cursa sus estudios, al Liceo, donde se prepara para ser bailarina de ballet; una vida semejante a la del jilguero feliz, atrapado sin pena en la jaula donde ha nacido.

Mientras tomamos el té y a la vez intento convencer a su tía sobre mi sincero interés hacia su pasado de diva, Elvira todo el tiempo se remueve nerviosa en el sillón tapizado de cretona donde ha tomado asiento, presente pero callada, según dictan las normas impuestas por ese tipo de ámbito social tan enfermo de apariencias, junto a los modales aprendidos en su colegio para señoritas distinguidas. Como la taza le tiembla en la mano, Elvira la deposita sobre la mesa para que no se percate su tía. No sabe hacia dónde mirar, a cualquier parte menos a mí, lo cual evidencia que la carga de profundidad enviada frente al escaparate ha estallado en su interior avivando el fuego que arde, todavía oculto, bajo su virginal imaginación de joven adolescente.

Al final de mi propuesta para recordar el pasado de la vieja soprano, formulada con todo el tacto del mundo, Lluisa Giralt accede a evocar para mí aquellos años con destino a un supuesto libro sobre la historia del Liceo. La dama no ha podido resistirse a mi encanto mundano, soy un persuasor nato, nadie domina como yo las claves ocultas de la comunicación subliminal. Decir algo como señuelo para que mi oponente baje la guardia y entonces clavar el mensaje que deseo igual que un fino estilite florentino en su corazón, de modo que le convengo usando su negativa inicial, mientras yo quedo a salvo de mi propia ponzoña.

Mientras la dama me despidió, acompañándome con esfuerzo hasta la puerta del amplio ático donde reside, me ha tomado de la mano, afectuosa, con los ojos anegados de lágrimas. Y así es como, para sorpresa de su sobrina, que ha permanecido muda durante toda la entrevista, contemplándome con recelo, doña Lluïsa y yo acordamos la siguiente visita para continuar nuestra conversación sobre su pasado en el mundo de la ópera.

Hoy he seguido a Elvira, sin que lo note, cuando salía de casa en dirección al Liceo. Tras verla desaparecer por la puerta de acceso en el callejón lateral del edificio he aguardado media hora y luego he subido hasta donde, según me ha dicho un bedel, tienen lugar los ensayos del ballet.

En la parte más alta existe una gran sala iluminada por grandes ventanales, desde donde se aprecia una extensa vista de Barcelona. Por el suelo entarimado y alrededor de un piano de cola, corretea un grupo de chicas entre los 15 y los 17 años, las alumnas de ballet; mientras la profesora, una mujer de unos 35, que debió ser bailarina titular en algún teatro y ahora ejerce como directora, vestida de negro igual que una institutriz, impone rigurosa su autoridad.

Me quedo en el umbral, espionando los gráciles movimientos, los ejercicios en la barra y frente al espejo, de unas chicas tan jóvenes y en apariencia frágiles que parecen muñecas de trapo y porcelana. Ya se han cambiado para el ensayo y todas lucen un conjunto similar, el maillot negro, de manga corta, ceñido al cuerpo; el tutú blanco y vaporoso, como una espuma de merengue, dejando las piernas a la vista; los pies como amortajados en las zapatillas de cintas anudándose a los tobillos, eufóricas como las ocas correteando alegres en un corral.

Todas ellas menudas, delgadas, cuyo pecho apenas despunta ceñido por el maillot, acomodándose a los andróginos cánones de belleza exigidos por la danza. Elvira es la más hermosa, un cisne mezclado entre las tópidas ocas; ella es la que goza de un cuerpo más definido, porque las imposiciones del ballet son tales, con ensayos llegando hasta los límites de la resistencia física, una dieta draconiana y tortuosos ejercicios que modelan el cuerpo hasta convertirlo en materia dúctil para conseguir el canon de belleza, el estereotipo estético impuesto por la pieza musical a interpretar, que algunas chicas no pueden soportarlo y caen enfermas, con bastante frecuencia de anorexia, incluso en ocasiones hepatitis.

Me mantengo a distancia, oculto en la oscuridad, observando las evoluciones del grupo de ballet, a Elvira en particular, ensayando la clásica obra *Coppelia*, con música del compositor francés Léo Delibes. Cuando culmina la escenificación, y antes de que se dispersen, mientras Elvira ríe alborozada con sus compañeras, evocando las peripecias del ensayo, cruzo el umbral y me hago de notar. La directora, como una gallina clueta protegiendo a los polluelos, viene hacia mí preguntándose quién es el intruso que osa molestar a sus alumnas con su presencia, y cómo es que me han dejado subir a la sala del ensayo. Pero yo enseguida la envuelvo con el influjo de mi oscuro magnetismo.

No me resulta difícil neutralizarla, porque con toda seguridad es una mujer soltera cuyo único amor en este mundo ha sido y es el ballet, por quien desde niña lo dio todo y ahora no le queda nada en su escuálido pecho, sin duda reducido en una operación quirúrgica cuando todavía era casi una niña, como hacen muchas bailarinas en carnes para parecer más ligeras y volátiles, y ahora se arrepiente de la imagen que ofrece, tan poco adecuada para el aprecio de los hombres.

Me identifico sonriendo con indolencia premeditada: he venido para recoger a Elvira, le miento, ya que se ha hecho un poco tarde, por encargo de su tía. Entonces Elvira me ve y enrojece tan de súbito que sus compañeras lo notan y giran los ojos en mi dirección. Pero la directora palmea con autoridad y todas corren a cambiarse de ropa, incluida Elvira, mientras yo me quedo a la espera junto a esa mujer de rictus amargado y pecho desecado, que hoy tal vez habrá sentido latir de nuevo su entumecido corazón de solterona.

Por casualidad, como siempre ocurren los hechos cruciales de la vida, he descubierto un dato importante, que de no haberlo sabido a tiempo hubiese podido perjudicar mi proyecto de acercarme a Elvira con la excusa de sondear el pasado lírico de su anciana tía para mi presunto libro sobre la historia del Liceo. Luego he regresado a la torre donde habito en la parte superior de Avenida Tibidabo. Anochece por detrás de los bosques de pinos que cubren la sierra de Collserola. Estoy escribiendo lo sucedido para dejar constancia pública de mi experimento humano. Aunque quizá debería decir inhumano.

Mientras Elvira se cambiaba en los vestuarios, junto a sus compañeras de ballet, pensando sin duda que yo he ido al teatro en su busca para poder acompañarla después, quién sabe adónde y con qué oscuras intenciones, he aguardado conversando con la directora. He averiguado que se llama Neus Corbí, fue bailarina principal en el Ballet Nacional de España y primera bailarina en el Ballet Nacional de Niza; una mujer que ha llegado casi a los cuarenta sin haber formado un hogar y sin un hombre que la quiera, porque todo lo ha sacrificado por la danza desde niña. Lo cual sería muy loable si no fuera porque ahora vive amargada y resentida. Pronto he notado su hambre de afecto masculino, por lo que no me ha costado mucho convencerla de que puedo ser el hombre que llevarse a su fría cama de soltera.

La directora del ballet me reveló aquella misma tarde un dato sobre Lluïsa Giralt, ya que tanto me interesa. Indagando en los archivos del teatro, Neus Corbí pudo averiguar que la vieja diva cuya sobrina nieta es alumna suya, fue la protagonista de una trágica historia de amor sepultada por el tiempo y el olvido. Era una prometedora soprano dotada de grandes facultades vocálicas y un brillante futuro. Pero su carrera quedaría truncada por culpa de un episodio con tintes de melodrama y serial romántico, del que no ha quedado rastro en los anales de la ópera. Y esa información me hace comprender el interés que siente la joven Elvira por el mundo del teatro y de la escena.

Neus Corbí no supo decirme más, aunque logré arrancarle la promesa de que buscaría una foto de Lluïsa Giralt en los archivos del Liceo. Prefiero no extenderme sobre los detalles de cómo le arranqué dicha promesa, porque, después de todo, soy un caballero. En cuanto a Elvira, debo decir que aquella tarde no la esperé, me fui antes de que saliera de los vestuarios, en contra de lo que imaginaba. Eso debió suponerle una gran desilusión frente a sus compañeras de ballet. Pero así es como habrá de aprender que yo no soy uno de los jovencuelos enamorados e intercambiables que cortejan a las chicas de su edad. El enamoramiento es una debilidad humana que no entra en mis planes.

Quise dejarla plantada frente a las demás alumnas, de modo que ahora se le reirán burlándose por haber imaginado lo que no sucedió, ya que un hombre maduro siempre resulta muy atrayente para una jovencita. El despecho que siente derivará en reto, el empeño por conquistar mi atención, pues ella no tiene del todo claro lo que intento, a qué se debe mi aparente interés hacia su anciana tía.

Lo que sí nota es que desde mi conversación con su directora, Neus Corbí parece cambiada, como un geranio al que riegan de repente, cuando ya la muerte lo acechaba, y recobra casi todo su antiguo esplendor. Elvira tiene que haber sentido una llamarada de odio contra esa mujer severa y amargada que sedujo a los cinco minutos con una sola y simple mirada. Porque no sabe que mis intenciones con ella son de mero instrumento, de medio para conseguir un fin.

La directora de ballet me ha prometido conseguir una foto de cuando Lluïsa Giralt triunfó clamorosamente como solista en el Liceo, logrando un gran éxito a mediados de 1920, aquellos años conocidos como la *Belle Époque*. Sin embargo, la soprano terminaría cayendo en el olvido, hasta el punto de que hoy nadie la recuerda. La suya es una historia de ascenso a los cielos y precipitación hacia los infiernos. Desapareció de la escena en la cumbre de su carrera, protagonizando la ópera de Richard Wagner *Lohengrin*, por primera vez cantada en catalán.

El oscuro suceso que terminaría truncando el futuro escénico de Lluïsa Giralt quedó calcinado entre la ceniza del incendio que destruyó el Liceo el 31 de enero de 1994. En el desastre pereció, entre muchos otros elementos históricos y artísticos de gran valor, la biblioteca donde se guardaban los anales del teatro desde su fundación en 1847. Tal es así, que algunas malas lenguas dijeron que la tragedia fue provocada precisamente para borrar las pruebas de lo acontecido.

Cumpliendo su promesa, Neus Corbí acaba de conseguirme no sólo una, sino dos fotografías de Lluïsa Giralt cuando triunfó en el estreno de *Lohengrin* a mediados de 1924. Una es un retrato en color sepia y la otra una imagen en blanco y negro donde aparece la jovencísima soprano cosechando un gran aplauso en el escenario del Liceo, completamente abarrotado, cayéndole una lluvia de flores tras la fabulosa representación. Es increíble lo mucho que se parece la señora Giralt a su sobrina nieta. Las imágenes conseguidas por la directora del ballet me servirán muy pronto como as en la manga para ganar la partida que ahora empieza contra el

corazón de la joven Elvira.

Sin albergar la menor sospecha de lo que tramo, la vieja dama me ha recibido por la tarde muy amable, sentada en su silla de ruedas frente al mirador acristalado, por donde penetra toda la luminosidad de un ocaso resplandeciente. Por el contrario, Elvira no ha querido dirigirme la mirada, ni siquiera me ha concedido las buenas tardes, evidenciando con ello el enfado que siente por el deliberado desplante del otro día frente a sus compañeras de ballet.

No he dado muestras de notar su enojo y mientras ella servía el té, obligada por los buenos modales hacia la visita, yo he incrementado mi amabilidad para con su anciana tía. Luego de servir el té, la joven ha permanecido sentada en una silla, muy tiesa y circunspecta, como una enfermera particular presente por si la paciente requiere de su servicio.

Yo apenas la he mirado, centrando toda mi atención sobre la señora. Sin embargo, al mencionar de nuevo mi proyecto literario para desempolvar su tesoro de recuerdos, en esta ocasión la dama se ha mostrado algo reticente, pues el motivo de aquel abandono profesional en pleno éxito quedó archivado en su memoria por un hecho traumático que sin duda debe seguir conturbándola.

He visto de reojo como Elvira sonreía triunfal ante la negativa de su anciana tía, pero es entonces yo juego mi baza prevista de antemano:

--A propósito --menciono despreocupado--, el otro día cayeron en mis manos dos fotografías donde figura en el escenario del Liceo ataviada como solista principal en plena representación de la ópera *Lohengrin*. Y debo decir --añado--, que fue usted una joven muy hermosa.

Doña Luisa Giralt se estremece sobre la silla de ruedas y agranda los ojos hacia mí. Las manos le tiemblan y Elvira tiene que retirarle la taza.

--¿Las lleva usted ahí? --pregunta con la voz quebrada por la emoción.

--Las tengo en mi casa, pero si usted lo desea, su sobrina puede venir a buscarlas cuando salga del ensayo --miro hacia Elvira sonriendo--, y se las entregaré con mucho para que se las traiga.

--Oh, sí. ¿Has oído, Elvira? Ve luego, por favor.

Entonces anoto mi dirección y me marcho alegando un compromiso.

He visto llegar a Elvira desde los amplios ventanales del palacete donde resido, caminando Avenida Tibidabo arriba con su gracia espontánea de bailarina. Ella no sabe que la observo furtivo desde mi elevada posición, ya que la finca es un amplio montículo cubierto por una frondosa pinada de gran altura.

Llega junto a la cancela de la puerta principal y toca el timbre, que resuena con eco en los interiores, porque la casa está casi vacía. Suelos de madera natural, paredes, techos y puertas pintadas en color blanco. Una elegante residencia estilo neoclásico, muy acorde con el solitario inquilino que habita en ella como si fuera un fantasma. Esta es una zona muy tranquila, huele a resina de los pinos y foresta húmeda, rodeada por el umbroso verdor de un jardín asilvestrado. La maleza que lo cubre, los penachos de hiedra que trepan por los muros y hasta el tejado, le confieren la cualidad de un palacio encantado.

El jardín queda por encima del nivel de la calle y para llegar a él se accede subiendo una escalinata de piedra cubierta de musgo por el paso del tiempo, flanqueada por macetones de terracota resquebrajada, que desemboca en una herrumbrosa verja cerrada. Cojo las llaves y bajo, mientras Elvira espera paciente frente a la portalada principal. Nos hemos mirado durante un instante a través de la verja como rivales a punto de iniciar el combate: su belleza contra mi experiencia. El arte de seducir es una esgrima, y vence siempre quien mejor controla sus emociones. Un duelo a muerte que acaba sólo cuando uno destroza el corazón del otro.

La invito a subir eludiendo comentarle lo guapa que ha venido. Porque sin duda no llega directamente del colegio, donde los alumnos visten obligados de uniforme, sino que ha pasado antes por casa para ponerse un vestido azul marino, de falda corta, que ofrece una favorecedora vista de sus piernas de bailarina. Es tan hermosa que a veces corro el peligro de claudicar y confesarle la verdad: mi deseo de convertirla en el más deslumbrante objeto de culto, a imagen y semejanza de la ferviente veneración casi religiosa que siento hacia su belleza.

Cae la tarde inflamando de fulgor las copas de los pinos que rodean el palacete de Avenida Tibidabo. Elvira intenta disimular el interés que siente al entrar en donde vivo. Yo me muestro indiferente, como si hubiera llegado de visita una niña enviada por su abuela para cumplir un recado. El cuento de caperucita roja y yo, naturalmente, ocupando el arquetipo de lobo.

Hago como que no me fijo en lo arreglada que ha venido para impresionarme. Me doy la vuelta y la dejo sola en medio de toda la extensión casi vacía del interior, mientras la tarde se desvanece al otro lado de los ventanales. Ella, que llegaba con la intención de averiguar algo sobre mí espiando el espacio cotidiano en donde habito, mira perpleja la extensión de salones desamueblados, balconadas y miradores por donde ahora penetra la luz encarnada del crepúsculo.

La observo sin que lo note a través de los paneles acristalados que separan la galería que comunica el jardín con las habitaciones. Al cabo de un rato regreso observando resonar mis pasos en el suelo de roble barnizado. Pero en lugar de las fotografías prometidas llego con una caja de cartón color azul oscuro envuelta en papel tornasolado de seda escarlata, y se la tiendo.

--¿Qué es esto? --pregunta con estupor.

--Ábrelo --le digo, apoyado indolente sobre una columna del salón.

Elvira retira el envoltorio, abre la caja y se queda sin aliento, ruborizándose de inmediato. Porque contiene aquel suntuoso conjunto de ropa interior negra que miraba en un escaparate del Paseo de Gracia, el día cuando la conocí.

--Póntelo la próxima vez que vengas --impongo.

--No pienso volver por aquí ni mucho menos aceptar eso --rechaza muy digna, devolviéndome la caja.

--Tienes que venir en otra ocasión --sonrío--, no tienes más remedio.

--¿Y eso por qué? --pregunta todavía sonrojada.

--Para recoger las fotos que tanto le interesan a tu tía --deslizo malicioso--, porque ahora no te las pienso entregar.

Como en otras ocasiones, hoy también he aguardado a Elvira en la Plaza de Cataluña para verla pasar en dirección al Liceo. La tarde ha traído consigo un aguacero imprevisto que ha emborronado los contornos de la ciudad como una visión de acuarelas diluidas. Yo estaba en el centro de la plaza, sobre la estrella de ocho puntas que decora el pavimento, y he aguantado impávido la borrasca.

Brillaba una luz intensa, como un resplandor tamizado por debajo de una capa de nubes muy oscuras propagando llamaradas de fulgor atmosférico entre la densa cortina de agua. No la he visto pasar, su anciana tía no habrá dejado que salga para que no se moje, incluso aunque pierda una clase de ballet, ese ritual sagrado y cotidiano que practica desde niña.

Por un momento la he imaginado tras uno de los miradores abuhardillados del ático donde reside, suspirando melancólica y soñadora; los hilos de agua surcando el cristal empañado ante su aliento, quizá pensando en el escalofrío que la recorre cuando se imagina cubierta por la suave y sensual ropa interior que le regalé, y que al final optó por aceptar. Contemplará las prendas en la soledad de su habitación como un objeto peligroso, porque ahora sabe que de atreverse a vestir ese conjunto, muy apropiado para resaltar la blancura inmaculada de su carne, asumirá con ello que puede comportarse como una sofisticada prostituta. Y sentirá entonces la tentación de presentarse ante mí para que yo le arranque las prendas y luego la sumerja en la ciénaga turbia de su deseo.

La lluvia cae sobre mí lo mismo que un baño lustral, pero yo sigo sin moverme, indiferente al aguacero, esperando ver pasar a Elvira con su caminar de gacela. Miro hacia el ocaso los débiles rayos de sol atravesando el sudario de nubes como una flama en la retina de mis ojos, deslumbrado ante las últimas luces en el pavimento mojado de la plaza, completamente vacía. Un rato después abandono el escenario como una sombra errática sumida en el anochecer.

Hoy ha venido de nuevo Elvira para recoger las dos antiguas imágenes donde aparece su anciana tía Lluisa Giralt. En esta ocasión llega vestida con el uniforme del colegio religioso donde cursa estudios de secundaria: camisa blanca, jersey de lana color granate, falda plisada, calcetines grises y zapatos negros. La he visto aproximándose con su mochila de colegial colgada del hombro. Ha tocado el timbre de la verja y yo he bajado por la escalera del jardín.

Venía excitada, el rostro teñido de rubor y el corazón agitado ante la expectativa de lo que puede ocurrir, a solas conmigo en este palacete vacío, aislado entre pinares. La semilla venenosa sembrada en su espíritu ha comenzado a perturbar su existencia de niña inexperta con sueños húmedos y calientes, como jamás había experimentado hasta hoy. Habrá comenzado a comprender por qué los hombres la observan al pasar con esa mirada entre grosera y maliciosa. Menos yo, que apenas la miro, como si no percibiera su hermosura.

La invito a subir mostrándome tan impasible como siempre. Deja la mochila en el suelo entarimado de roble y se queda de pie, aguardando a que la instruya sobre lo que debe hacer a continuación, ya dispuesta para entregarse. Yo la observo en silencio como el arácnido a la víctima que se dispone a sacrificar. Me acerco despacio. Elvira tiembla esperando que comience a desnudarla, como ella lo hacía no hace mucho con sus muñecas, abandonadas ahora en algún rincón del armario, porque ya no le satisfacen los juegos infantiles.

La tomo de los brazos y acerco mis labios hacia su cuello, mientras padece un profundo estremecimiento que la sacude por completo y deja escapar un leve gemido. Cierra los ojos para sentir mejor todo ese torrente de nuevas emociones, la humedad que aflora como una fontana tibia entre las piernas, el atormentado desasosiego que le roba el aliento y esa calurosa sensación ascendiéndole del vientre hasta la cara, inflamándole la piel de los pequeños pechos adolescentes como mitades de un tembloroso melocotón en almíbar.

Entonces me inclino hacia ella y le susurro:

--Ya puedes marcharte, yo mismo le llevaré las fotos a tu tía.

Soy un seductor y no un amante, aunque mi libro de cabecera sea *El arte de amar*, pero lo leo para servirme del veneno que destila, pues entre amar y seducir hay una diferencia fundamental que la gente vulgar no conoce, y gracias a los consejos que otorga Ovidio, yo siempre juego con ventaja.

Puede que leyendo estas líneas alguno (sobre todo alguna) me acuse de insensible, de no conocer el amor. Pero sí que lo conozco: el amor propio, naturalmente. Porque como dejara escrito Oscar Wilde, “amarse a sí mismo es el comienzo de una aventura que puede durar toda la vida”. Enamorarse no es más que un sentimiento menor, banalizado hasta la náusea por la sociedad de consumo, muy propio de seres humanos que viven de las apariencias, que desconocen el deseo y la pasión, o que no se atreven a caer en ellos, no sea que los desborde y pierdan la obligada respetabilidad.

El amor lo es todo, afirman los ingenuos. Pero lo que llena tu corazón puede terminar vaciando tu alma. El amor es hipócrita desde su inicio, pues cuando uno dice que ama empieza por engañarse a sí mismo y acaba engañando primero a su pareja y luego a todos los demás. Tanto traje de novia, tanta lista de boda, tanto espectáculo civil y religioso, para luego, al cabo de un tiempo, divorciarte sin saber lo que a partir de ahora te causará más miedo: si quedarte solo para siempre o tropezar de nuevo en la misma piedra.

Hoy he ido a casa de la señora Lluisa Giralt para entregarle por fin las dos antiguas imágenes de cuando a mediados del siglo XX triunfaba en el mundo de la ópera como heroína wagneriana; fotografías conseguidas por cierto gracias a Neus Corbí, la directora del ballet, que tiene acceso a los archivos del Liceo, lo poco que pudieron salvar tras el incendio de 1994.

No he visto emocionarse a nadie tanto como lo ha hecho la dama, sentada muy digna en su silla de ruedas frente al mirador del ático, viendo pasar la vida como a través del ojo de buey en el camarote del antiguo trasatlántico donde hace años navega sin saberlo hacia un país que ya ni siquiera figura en los mapas.

Lluisa Giralt ha estrechado ambas fotografías contra su pecho, como si deseara fundirlas dentro de su corazón. Con ellas recupera el testimonio de un pasado glorioso pero a la vez trágico que yo he venido a remover en su memoria, como quien aviva el rescoldo de un fuego en apariencia consumido.

Me ha recibido la criada, quien ejerce también como asistente de la dama y cocinera; mujer madura, sobria y silenciosa, canosa y arrugada, que sólo habla en un arcaico catalán, originaria de alguno de los pueblos enclavados en la comarca del Monterol, famosa por su abundante piara. Como ya me conoce, me ha hecho pasar ante su anciana señora, suponiendo que para ella es la visita.

Nada más cruzar el umbral del ático he oído las torpes y vacilantes notas de una melodía interpretada en el piano, al fondo del amplio piso donde reside durante décadas doña Lluisa Giralt, como sepultada en vida. Ella misma, tras haberse recuperado de la emoción provocada por las fotografías, me lo ha referido satisfecha: la que toca el piano en el salón contiguo es Elvira, cuya inclinación hacia la música y la danza parece un rasgo genético de nacimiento.

He mostrado mi deseo de contemplar las dotes musicales de su sobrina nieta, y Lluisa Giralt, agasajada por mi amable interés, impulsando ella misma la silla de ruedas, me ha pedido que la siguiera. En una sala decorada con el exquisito gusto isabelino que parece identificar el estilo de la casa, y cuyos amplios ventanales emplomados comunican con el Paseo de Gracia, figura un piano de cola barnizado en color negro y de prestigiosa marca germánica, lustroso como un ataúd. Sentada frente al teclado, con atuendo cómodo pero formal, he visto a Elvira intentando desgranar los acordes que, si no recuerdo mal, pertenecían a Debussy, una melodía romántica, muy apropiada para la ocasión, ya que junto a la chica, embelesado, la miraba un muchacho de algunos años mayor, quizá 25, vestido con traje oscuro, camisa blanca y sin corbata.

--Es el maestro de música --me cuenta la dama de regreso a la sala, donde la madura criada nos ha servido el té con su gesto severo y ceñudo de pueblerina en casa de señores.

Al parecer, el maestro a domicilio se llama Jordi Escandell, recién acabada la carrera de piano y ya con un prometedor futuro musical por delante. Perteneciente a una familia de gran influencia social y sólida economía, relacionada durante muchos años con la gestión y el mecenazgo cultural en el Palau de la Música. Me ha parecido un joven muy atractivo, algo tímido pero con encanto. Y no hay más que ver cómo la mira para darse cuenta de lo mucho que le gusta Elvira, está enamorado hasta la médula. Pero yo diría que no se lo ha manifestado aún, que no se atreve de momento, ya que su admiración hacia su alumna es tal que prefiere no arriesgarse y correr el riesgo de recibir una negativa.

La vieja dama no se ha percatado, pero alguien como yo, un experto en detectar las heridas que deja como secuela el amor entre las personas, compruebo enseguida como Jordi suspira por Elvira; que sin embargo no parece tampoco haberse dado cuenta, y para ella ese muchacho sólo es el joven y prometedor maestro de piano que todo el mundo elogia como a un brillante futuro compositor. El amor es ciego, ya lo dicen los idiotas.

El mensaje contenido en la célebre novela *Lolita* de Vladimir Nabokov desmiente lo que la sociedad hipócrita y *respetable* considera de inocencia en los adolescentes, no tan inocua como se supone, pues una joven pubescente contiene ya en sus entrañas la negra marca del pecado. Tal como expresara Emanuel Swedenborg: *la inocencia es poco habitual en el mundo y absolutamente desconocida para los que se hallan frente al mal*.

Elvira no es una *Lolita*, porque todavía no alberga una conciencia clara de su estética ni de su físico, a pesar de haber cumplido casi los 17. Y esto es así porque ha sido educada de modo muy estricto entre la vida metódica, vigilada y claustral de su colegio religioso, fundado hace un siglo para preservar incólumes a los hijos del empresariado y la oligarquía barcelonesa, todo ello añadido a la existencia protegida que desde la infancia disfruta junto a su anciana y bondadosa tía, empañada en

educarla para ser una señorita como las de antes.

La supongo centrada en sus estudios y en la rigurosa disciplina física y mental impuesta por el ballet, muy lejos de las corrupciones del mundo y del mal, como señala Swedenborg. Porque abundantes chicas de su edad, incluso mucho más jóvenes, aunque sus padres no puedan siquiera imaginarlo y jamás lo admitirían (“mi hija no”), han saboreado ya las delicias de algo más que un *Magnum* de crema recubierto de chocolate y la tibia sorpresa líquida que destila de su interior. Me refiero a jóvenes que a su edad ya son viejas, cuyos novios intercambiables, como los muñecos de su colección de peluches, las han despojado de todo misterio y candor con su torpe forma de considerar el sexo como una exigencia más bien fatigosa y sin la menor sutileza emocional, tan sólo para demostrar su presunta hombria frente a los amigos y compañeros de curso.

Yo no busco a una chica con experiencia. Mi tentativa literaria exige como sacrificio a una joven de verdad inocente, desprovista del artificio social que impone la personalidad sobre los adultos, para sublimar así, como en el personaje de Coppelia, obra sinfónica inspirada en un sombrío cuento de Hoffmann, para cuya representación ensaya Elvira junto a sus compañeras de ballet en el Liceo, la imagen de la sublime belleza con la que lavar mi alma envilecida.

Me satisface que tenga un pretendiente, porque así, en contraste con el encantador y tímido maestro de música Jordi Escandell, mi asidua presencia en su entorno quedará mucho menos evidente, difuminada por la densa niebla que durante la noche flota como un sudario sobre los cementerios abandonados.

Muchos (y sobre todo muchas), leyendo estos argumentos, pensarán que mi corazón es el de un hombre cínico, inmoral y pervertido, alguien que la sociedad bienpensante, sumida en el espejismo de las apariencias y la respetabilidad, debe apartar como una fruta podrida para que no acabe corrompiendo a las demás. Pero se equivocan. Porque yo no tengo corazón.

Elvira no comprende lo que sucede, por qué insinúo mi deseo hacia ella con el regalo de una combinación interior tan sofisticada y sensual y ahora la trato con indiferencia, prefiriendo la compañía y la conversación de su anciana tía, mientras la dejo sola con el maestro prodigio de piano en la sala contigua.

Por muy joven e inexperta que parezca una chica, estará siempre muy bien dotada por instinto y naturaleza para detectar las inconsecuencias masculinas, las efusiones emocionales como el deseo, pero también la rivalidad y los celos. Por eso yo, lejos de haberme mostrado celoso con la presencia del joven maestro, he congeniado con él, en buena parte porque no me considera un rival, soy demasiado mayor para despertar dicho recelo.

El muchacho me ha tomado por un buen amigo de la familia, un hombre con experiencia, que podría influir en Elvira para ponerla de su parte. Así es como yo se lo he dejado entrever, adoptando el rol de su Mefistófeles particular, a quien pronto venderá su alma para que le ayude a conquistar el corazón de la chica.

He procurado marcharme con él tras la lección de música para darle la ocasión de que me confesara su amor hacia Elvira, y en efecto, lo ha hecho muy pronto, atribulado de amor, mientras caminábamos despacio y en confianza por el Paseo de Gracia. Yo he mostrado mi comprensión, tomándole afable por el brazo como un maestro aconsejando a su alumno.

Me ha costado reprimir la risa, porque todo enamorado resulta ridículo, cuando no patético. He prometido ayudarle, y para que no sospeche de mis limpias intenciones, he revelado como de pasada que mi espíritu arde desde hace años por una mujer muy hermosa, lo cual no es falso del todo, aunque no quiero hablar del asunto. El muchacho no tardará en utilizar esta información ante doña Lluïsa Giralt y su sobrina, pues el enamorado es tan pueril que desea proclamar las bondades de su romanticismo como una dulce victoria común.

Al saber que tal vez amo a otra, Elvira recibirá la noticia como un jarro de agua fría. Porque aunque finge que me ignora, que no desea codearse conmigo tras haberle inferido un doloroso desplante cuando me visitó en disposición a todo, sigue deseando que la despoje de la suntuosa ropa interior, con la cual me gusta imaginarla contemplando su cuerpo de alabastro frente al espejo.

El conquistador vulgar cae dentro de su propia trampa, víctima de la precipitación por el temor a perder la presa. Pero un seductor inteligente mantiene siempre la calma y utiliza las debilidades humanas en su favor. Elvira no sabe que al sentir celos hará lo que sea primero por imitar a la otra y luego por suplantarla, porque la mujer ha nacido para redimir al hombre, salvarlo de algún peligro. De la influencia de otra mujer, por ejemplo.

Y por eso mismo hacen tanto esfuerzo en estar siempre impecables y perfectas: la ropa, los complementos, la manicura, el peinado, la moda, el maquillaje, la cirugía estética, los zapatos, la depilación, las joyas, la silueta, el bótox, las dietas, el bronceado, el gimnasio, la celulitis. Todo eso no es propiamente para conquistar al hombre, sino para combatir encarnizadamente contra las posibles competidoras, porque no hay peor enemigo para una mujer que otra mujer. No tienes más que comprobar cómo se dirigen miradas furibundas cuando una se coloca la falda demasiado corta o un generoso escote, porque lo que de verdad quiere no es tanto la conquista de uno u otro varón en particular, sino quedarse con el de la rival, arrebatarle su trofeo, como si eso le confiriere la cualidad de ser mejor y más hermosa. El hombre no es más que una prenda demostrativa de cuál ha ganado la batalla. Un botín de guerra.

Por la tarde ha llegado abatiéndose sobre Barcelona un cúmulo de nubes tan oscuras que parece como si hubiera caído sobre la ciudad el telón de un tenebroso teatro abandonado. Ahora la lluvia dota de brillos y reflejos el jardín del palacete neoclásico donde resido.

Los días de lluvia tiñen el espíritu de tristeza, te tornan melancólico y acuden a la mente los recuerdos que has intentado relegar al desván de tu memoria, como ese amor ya lejano en el tiempo, pero cuya cicatriz todavía sientes en ausencia, como un inválido su pierna o su brazo mutilado. Porque los amores malogrados pueden ser el motivo que justifique toda una existencia.

He cogido el teléfono y he llamado al chófer que tengo a mi disposición y a cualquier hora del día o de la noche. Media hora después veo llegar el Mercedes color negro reluciendo bruñido y salpicado por la lluvia. El conductor desciende con su traje uniformado y modales eficientes, toca el timbre de la verja como aviso, yo bajo del palacete y me acomodo en la parte trasera del vehículo, sobre los amplios asientos tapizados de cuero. Dentro está oscuro a causa de los cristales tintados, una penumbra reconfortante que me mantiene aislado del exterior, como en los carruajes de antaño.

--¿Adónde, señor? --pregunta el chófer.

--Arranque, ya lo pensaré sobre la marcha.

El conductor no se inmuta. Conoce mis gustos desde hace tiempo, sabe a qué atenerse con el enigmático residente que vive aislado en esa torre del Tibidabo. Me ha conducido en otras ocasiones, de madrugada o en plena noche, porque siento un tranquilo placer en vagar atravesando la ciudad vacía y silenciosa sin rumbo determinado.

Aprovecho el trayecto para pensar en la marcha de mi experimento literario: con Elvira estoy reproduciendo el mito de Pigmalión. La célebre fábula griega escrita por Ovidio narra la historia de un escultor que talla una estatua femenina, Galatea, de la que termina enamorado a causa de su extraordinaria belleza. No ha hecho más que culminarla, cuando Galatea cobra vida y el artista se une a ella carnalmente, llegando a engendrar un hijo.

--Lléveme hacia la costa --le indico al conductor, porque con este tiempo tan lluvioso todas las playas de los pueblos que hay desde aquí en dirección a Mataró estarán vacías y solitarias, barridas por el viento salobre de la mar.

--Muy bien, señor.

Una hora después nos detenemos en una pequeña localidad costera, descendiendo del Mercedes y camino hacia la orilla del agua. Un resplandor de claridad reverbera por debajo de la capa de nubes propagando su fulgor sobre la superficie marina. El sol rasante del ocaso proyecta sombras alargadas a contraluz. Miro hacia el horizonte, deslumbrado ante la belleza del paisaje y acude a mi mente aquella lejana experiencia que marcó mi vida para siempre. Fue por entonces cuando comenzó a interesarme la leyenda de Pigmalión descrita por el poeta Ovidio en su obra *Las Metamorfosis*. Una historia que termina en tragedia, pues tras haber yacido con Galatea, el escultor cae seducido por una mujer de carne y hueso. Galatea, viéndose abandonada por su creador, se arroja desde una torre para no tener al hijo que alberga creciendo en sus entrañas.

Ha comenzado a llover con fuerza y el cielo se torna sombrío, amenazante. La tarde oscurece y la brisa marina refresca el ambiente.

--Señor...

Inspiro llenándome los pulmones del aire impregnado por la salobre humedad. El espectáculo debe continuar, como dice la gente del teatro. Yo soy el nuevo Pigmalión y voy a convertir a Elvira en mi escultura Galatea.

--Señor, está lloviendo.

Es el chófer, que ha venido hasta mí enarbolando un paraguas. Vuelvo con él hacia el vehículo, y de regreso a Barcelona no puedo dejar de pensar en cierta frase de la novela *Fausto*, cuya cándida protagonista, Margarita, se suicida para no tener al hijo que ha engendrado con el doctor Fausto. Es un párrafo que resume todo el inevitable fatalismo de la obra: *Podemos amar sin ser felices, incluso ser felices sin amar. Pero amar y ser felices, parece un empeño imposible.*

Hoy he acudido a casa de doña Lluisa Giralt cuando sabía que a su sobrina nieta Elvira le toca lección de música con Jordi Escandell. Ella todavía me guarda rencor y me niega incluso el saludo para transmitirme su enfado, lo cual no evidencia sino un abierto interés hacia mí, ya que sólo nos enfadamos de verdad con la persona que nos defrauda; o sea, con el que más nos importa.

Elvira y Jordi estaban ya en plena lección de música, ella sentada frente al piano intentando armonizar una melodía clásica, mientras el profesor la miraba con disimulo, el rostro arrebolado por su admiración. Ella ni me ha mirado, pero él, muy satisfecho al verme aparecer, me ha pedido en voz baja que le aguarde para marcharnos juntos después de la clase, porque desea continuar asesorándose conmigo sobre cómo influir en el corazón de su amada.

Tomando el té con la vieja dama he aprovechado para sugerirle como de pasada que su sobrina y el prodigioso maestrillo de piano hacen muy buena pareja. Doña Lluisa lo admite, aunque la considera todavía demasiado joven para que asuma tan pronto un compromiso matrimonial. Teme que Jordi Escandell, incluso siendo un joven sensato y aparte de pertenecer a una familia respetable, tome la iniciativa demasiado rápido y puede malear el delicado espíritu de la chica, que yo mismo me dispongo a corromper.

En ese momento, y como de manera casual, he ofrecido mi discreta vigilancia en torno a la joven pareja, una iniciativa muy bien acogida por la dama, que ratifica con ello nuestra confianza. Para comenzar con mi labor de custodia y supervisión amorosa he pasado de nuevo por la sala del piano. Jordi escuchaba los avances musicales de su alumna mirando por la ventana en dirección al Paseo de Gracia, tan melancólico y ensimismado que ni siquiera me ha visto.

He llegado detrás de la chica, silencioso como un fantasma, y cuando la serenata que interpretaba en ese preciso instante subía de tono hacia un emotivo *allegro forte*, a través de su ligera blusa de seda he soltado el cierre que abrocha el sujetador. La prenda, liberada del corchete metálico, ha resbalado por sus hombros, dejando a la vista, velados por el color celeste de la blusa, los pequeños pero bien proporcionados pechos de la joven bailarina de ballet.

La he visto enrojecer como una brasa, y para no delatarse frente a su maestro, ha tenido que continuar tocando hasta culminar la romántica serenata, momento en que precipitadamente ha repuesto el sujetador en su lugar, mientras yo abandonaba la sala y Jordi salía de su ensimismamiento junto a la ventana, volviéndose para felicitarla por su excelente interpretación.

--Muy bien --sonríe--, aunque yo diría que has precipitado un poco el final.

Ya en la calle, y tras habernos despedido amablemente de la señora Giralt, y mientras Elvira me miraba mezclando en sus ojos asombro, estupor, odio y admiración hacia mi súbito atrevimiento, con el orgullo magullado por el ultraje, Jordi me ha pedido ayuda para entablar con su alumna una discreta relación, que otorgue un comienzo al romance con el que sueña.

--¿Le parece a usted que podría regalarle algo? --pregunta.

--Es una excelente idea.

--¿Y qué sería lo apropiado en estas circunstancias?

--Regálale un libro --le sugiero caminando apaciblemente.

--¿Un libro? --repite con extrañeza, pues tal vez Jordi Escandell pensaba en algo de más valor para deslumbrarla.

--Es lo más conveniente --matizo--, un libro nunca levanta sospechas, pero es un objeto que le transmitirá tu presencia cuando estés ausente.

--¡Qué buena idea --exclama--, es usted un gran amigo! Pero yo no entiendo nada sobre literatura --lamenta--, ¿qué libro puedo regalarle?

--No te preocupes --le tranquilizo--, yo te indicaré uno apropiado.

Cruzamos el bulevar central hacia una librería que hay al otro lado del Paseo de Gracia. Jordi no deja de agradecerme, y yo apenas puedo contener la risa, porque a través de semejante maniobra es como voy a sembrar mi deseo en el corazón de la joven, sin aparecer como responsable a sus ojos ni a los de su tía. Entonces le pido a la dependienta el relato de Ovidio titulado *Pigmalión*.

Hoy me dispongo a establecer una vinculación más directa con Elvira, rompiendo de paso el corazón enamorado de Jordi Escandell, que recibirá con ello la lección más dolorosa de su vida. El profesor de piano fue quien invocó mi ayuda y yo he sido su Mefistófeles, el mejor maestro en educación sentimental, aunque lo haya manipulado todo a mi propia conveniencia. Pero es que nunca deberías invocar al Diablo.

Consentí el torpe cortejo con el que Jordi Escandell ha estado rondando a la joven bailarina durante algunos días para que leyese *Pigmalión*, aunque sin proporcionárselo yo mismo. Como Elvira es inteligente no habrá tardado en asimilar el simbólico argumento de la obra: la transformación de una hermosa escultura en ser humano. Y ahora que ha leído ese libro es cuando yo voy a esculpir su alma con el fin de invertir el mito.

Por la tarde, a la hora en que las alumnas de ballet salen del ensayo, el Mercedes, conmigo en el asiento trasero, permanece aparcado frente a la puerta de actores del Liceo, abierta en la calle Sant Pau. Cuando veo salir a Elvira rodeada por sus compañeras de clase le indico al conductor:

--Esa es.

--Muy bien, señor.

Abandona el coche y se dirige a la chica, pero en ese momento surge por la puerta de actores la directora, siempre al acecho para proteger a sus alumnas. Neus Corbí mira en dirección al Mercedes negro estacionado enfrente y me intuye dentro, ya que soy apenas una sombra diluida, oculto por los cristales tintados de las ventanillas. La directora duda unos instantes, porque seguramente ha estado planeado reprocharme la forma en que obtuve de su obnubilación transitoria las fotografías donde aparece Lluisa Giralt. Pero al final veo no se atreve a dirigirme la palabra. Inclina la cabeza y se marcha en dirección a su triste piso de solterona.

Entonces, el chófer llega junto a Elvira y pregunta:

--¿Señorita Giralt?

--Sí --contesta Elvira, mientras las jóvenes alumnas del ballet miran alucinadas y boquiabiertas, cuchicheando entre sí con miradas de reojo hacia el hombre vestido de oscuro que aguarda sentado en el asiento trasero del suntuoso automóvil.

Esta noche tendrán sueños húmedos, porque toda jovencita desea, incluso sin saberlo de modo consciente, comprobar la fascinación de su belleza insinuándose a un hombre maduro. Elvira se dirige hacia el coche sonriendo feliz ante sus compañeras, que la observan con admiración por el hecho de ser ella la elegida. El conductor le abre la puerta de atrás con una leve reverencia y la deja pasar.

--Sube --ordeno, y ella obedece sumisa.

El conductor arranca y nos alejamos. Elvira, con su recatado vestido de señorita burguesa pero sin experiencia ninguna en los lances de la vida, repasa impresionada el interior del Mercedes, alternando miradas de reojo hacia el chófer, que conduce silencioso incorporándose al tráfico rodado.

--¿Adónde vamos? --pregunta ella por fin, divertida por el emocionante acontecimiento de que vayan a recogerla en coche de lujo frente a todas las demás, como si ella fuera una princesa y yo su caballero. Pero está en un error, porque yo no soy el príncipe azul. En todo caso, el príncipe de las tinieblas.

--Vamos a dar una vuelta --contesto indolente.

--Hoy tenía clase de piano --alega ella.

--No te preocupes por eso, he convencido a tu tía para prescindir del profesor Escandell. Se acabaron las lecciones de música.

--¿Por qué? --replica sorprendida.

--Ese chico quería extender su enseñanza más allá del piano. Incluso ha intentado besarte, según tengo entendido.

Todo eso lo sé por el propio Jordi Escandell, naturalmente, que me ha ido relatando su inofensivo lance amoroso mantenido en secreto con su alumna. Ella me mira boquiabierta, temerosa y admirada, preguntándose cómo lo he averiguado.

--La otra tarde le recomendé a tu tía que lo despidiese --añado--, así que ya no le verás nunca más.

Elvira sonríe, pues el despido del maestro le parece motivado por los celos que acaso siento contra él, y eso la satisface porque comprueba, por primera vez en su vida, que los hombres rivalizan por ella. Lo cierto es que Jordi Escandell no le gustaba, sólo se divertía viéndolo desplegar su inocente maniobra de conquista. Orgullosa, porque piensa que todo ha sido un logro suyo, se acomoda en el asiento del vehículo mientras rodamos despacio por los bulevares más elegantes de Barcelona, sintiéndose una mujer adulta y con experiencia de la vida.

Luce una tarde magnífica para pasear con una joven como Elvira, notando su delicado brazo de bailarina posado en el mío con la levedad de una mariposa. Hemos dejado el automóvil y caminamos despacio por los barrios más alegres y comerciales de la ciudad, mirando escaparates, como una pareja recién comprometida y con todo el futuro por delante.

Me detengo frente a una de las mejores boutiques italianas de alta costura establecidas en Barcelona y le sugiero que necesitará un traje de gala para después de su interpretación en el Liceo. Veo la sorpresa iluminando su rostro, pues comprendo que no habrá tenido nunca la oportunidad de vestir en traje largo, una sensual experiencia que toda jovencita desea con intensidad.

--Pero no tengo nada previsto para después del estreno --alega.

--Sí que lo tienes --le digo sonriendo--, salir a cenar conmigo.

Apenas puede contener el entusiasmo al oír mi anuncio, casi una declaración de amor. Le cedo el paso en la puerta y entramos. Elvira rebosa emocionada entre todos aquellos vestidos tan elegantes y zapatos de tacón vertiginoso. Es fácil alegrar el corazón de una chica, pues en toda mujer habita una princesa que desea ser agasajada por su esforzado y valiente caballero.

La dependienta elige un vestido blanco y fruncido, que resalta la silueta juvenil de la bailarina, con escote cruzado en el pecho, dejando a la vista los hombros. A juego, unas elegantes sandalias de tacón que realzan todavía más su figura, convirtiéndola en la mujer que ya es. La dependienta la evalúa con admiración profesional y a mí me cuesta mucho disimular el impacto de su belleza.

Nos quedamos con el conjunto de gala y salimos del establecimiento, ella risueña y feliz, con la bolsa de la compra en la mano y tomándome del brazo, ya convencida de que somos la pareja perfecta. Mientras ha estado en el vestidor de la boutique y yo he avisado al chófer. Unos metros más allá distinguimos el Mercedes junto al conductor de pie, que al vernos llegar nos abre la puerta de atrás. Ocupamos el asiento y Elvira recuesta su cabeza en mi hombro.

--¿Adónde, señor? --pregunta el chófer, arrancando.

--A la Plaza del Doctor Collado.

--Muy bien, señor.

El conductor sortea el tráfico de la ciudad con pericia profesional. Ascende por la calle Balmes y luego, cruzando Avenida de San Gervasio, se dirige hacia el Tibidabo. Poco después pasamos de largo por el palacete donde resido y continuamos el ascenso hasta la Plaza del Doctor Collado, en donde se halla enclavada la estación del funicular, que asciende hasta la cima del monte. Justo frente a la estación hay una cafetería con grandes cristaleras abocadas al abismo, desde donde se disfruta una extensa panorámica de Barcelona.

El cielo ha ido cubriéndose de nubes que llegan del horizonte marino presagiando lluvia. Elvira no había estado nunca en este lugar y observa con agrado la visión elevada de la ciudad con todas las luces ya encendidas, mientras el sol declina por detrás de una capa de nubes inflamadas de color escarlata. Sentados junto a los ventanales, contemplamos la lluvia que de pronto se cierne como un telón incandescente de oro líquido, y Elvira suspira exaltada de gozo ante la belleza de la visión. Pero sólo es una tregua en medio del combate.

Al salir de la cafetería continúa lloviendo. Cerca del horizonte, más allá de la iluminación urbana borrosa por la bruma, vemos el mar enrojecido ante los últimos destellos del crepúsculo. El chófer acerca el Mercedes para recogerlos. Ya de regreso al centro de la ciudad, mientras los faros iluminan muros cubiertos de hiedra, jardines y mansiones de la zona, Elvira me dirige una mirada retadora, esperando que yo se le pida siquiera con una leve insinuación para darme lo que imagina que deseo desde la primera vez, cuando nos conocimos.

--Pare --ordeno al chófer cuando pasamos delante del palacete donde resido, y el conductor se detiene justo frente a la verja de la musgosa escalera.

Cuando el corazón de la bailarina trepida intuyendo lo que puede ocurrir cuando juegas con fuego, salgo del coche y me dirijo al conductor.

--¿Puede llevar a la señorita Giralt de regreso a su casa?

--Por supuesto, señor.

Ella parpadea confusa. No comprende por qué la dejo marchar sin que tome lo que me ofrece. Pero la esgrima continúa, no hay que bajar la guardia mientras dura el combate.

--¿Por qué? --suplica desconcertada.

--Es tarde --replico en tono glacial--, tu tía estará esperándote.

La veo parpadear abatida, con el deseo inflamado quemándole por dentro.

Cuando el conductor arranca, permanezco de pie bajo la lluvia, las manos en los bolsillos del pantalón, observando el Mercedes como un crustáceo negro deslizándose Avenida Tibidabo abajo, pasando despacio entre las farolas que arrancan brillos a la carrocería mojada por la lluvia, llevando dentro el corazón de la joven bailarina ensartado por una estocada fatal.

Hoy por la tarde, mejor vestido que nunca, he acudido a casa de doña Lluisa Giralt preparado para lo que pueda ocurrir, porque su sobrina le habrá referido nuestro encuentro de ayer y el regalo para la cena. Enseguida contemplo la mirada de aprobación que me dirige la vieja diva en cuanto accedo al saloncito del mirador. Toda mujer, aunque ya sea mayor, cede rendida por el sentimentalismo que supone un futuro enlace matrimonial. De modo que la señora consiente gustosa el compromiso surgido casi de la noche a la mañana, porque para la rancia sociedad de su época un hombre maduro y de buena posición, tal como yo aparento, conviene siempre a la formación emocional de una jovencita.

Lluisa Giralt me ha recibido en su silla de ruedas y vestida de blanco, igual que siempre, como una vieja novia que se hubiera quedado a los pies del altar aguardando durante años al hombre de su vida. La luz que penetra por el amplio mirador del ático inflama su cabellera blanquecina de reflejos plateados, confiere a su presencia de antigua celebridad un aire distinguido y venerable, porque la vejez también es hermosa si uno sabe llevarla con elegancia y sin disimulos.

Elvira rebosa de contento, me toma de la mano delante de su tía, incluso comete la indelicadeza de servirme a mí antes que a la señora, cuando tomamos el té (hoy ha sacado la vajilla de las grandes ocasiones), porque ya soy para ella el centro de su vida. La mujer que lleva dentro pugna por salir, aunque sigue siendo un joven cisne bello y delicado, con su caminar elegante y su piel de terciopelo, la boca de fruta fresca y lo ojos como lagos reflejando el cielo.

La dama respira con cierta dificultad, porque ayer, mientras Elvira permanecía conmigo, de paseo por Barcelona, ella recibió un fuerte impacto emocional que le ha traído a la memoria lo sucedido durante la ya lejana juventud; su prometedor carrera de soprano truncada por culpa de un amor imposible y peligroso que la empujó

hacia el abismo.

Los ojos de la señora Giralt permanecen posados en la mesita de caoba, donde una rosa roja de gran belleza emite su denso aroma por toda la sala donde tomamos el té. Su tallo aparece ornado con un lazo de seda color negro, que convierte a la flor en un regalo luctuoso y preocupante.

--Ha vuelto --balucea temblándole la voz--, hace años que no enviaba su terrible señal, pero veo que ha regresado de su limbo.

--¿Quién? --pregunta Elvira.

--El hombre que me robó el corazón.

--Eso no es posible --niega inquieta la joven--, ha pasado mucho tiempo...

La dama gira su rostro hacia el mirador, evocando el episodio.

--Me convirtió en esclava de su pasión, para luego desaparecer llevándose consigo mi alma, dejándome tirada como una muñeca rota. Luego, cada cierto tiempo, para mantener con vida el dolor infligido, enviaba una rosa roja --torna su rostro hacia la flor--, siempre con un lazo negro anudado en el tallo.

Elena me mira, como si pidiera disculpas por el trastorno de su tía. Es la primera vez en muchos años que doña Lluïsa Giralt aborda el motivo de su retirada profesional.

--¿Qué pasó --pregunta Elvira, que siente curiosidad por saber lo sucedido, ya que su tía nunca se lo ha contado--, de quién estás hablando?

--Sucumbí a su hechizo y luego él desapareció de pronto, dejando su semilla en mis entrañas. Después de aquello --añade con los ojos húmedos de lágrimas--, ya no pude seguir cantando.

Inclina la cabeza contra el pecho y se queda en silencio. Elvira interviene, preocupada por el equilibrio mental de su tía.

--Ese hombre que mencionas habrá fallecido hace tiempo. Lo de la rosa es que tendrás por ahí algún admirador secreto --sonríe para restarle importancia.

--No --niega la dama--, él no muere nunca, esa es la condenación que arrastra desde hace siglos. Renace una y otra vez entre sus propias cenizas, llega desde su limbo adoptando en cada ocasión un personaje distinto pero similar, según las épocas en las que vive. Cada vez que regresa, deja su oscura semilla en el vientre de alguna joven inocente, perpetuando el maleficio. Algunas prefieren quitarse la vida. Otras, como yo, no hemos tenido el valor.

Elvira está nerviosa por el cercano estreno de la obra *Coppelia* en el Liceo, el espectáculo de música y danza donde participa como bailarina principal. Dos días más tarde, a la hora en que acostumbro, he pasado por su casa, pero en lugar de quedarnos a tomar el té junto a su anciana tía, la he invitado a salir, como dos enamorados que desean quedarse a solas para decirse ternezas.

Paseamos por las calles más transitadas de Barcelona, entre los bulevares arbolados y en medio del bullicio vital que caracteriza esta ciudad embrujada de leyendas. La tarde cae lenta y apacible, reflejándose con resplandores dorados en los altos ventanales acristalados de los edificios modernistas. Luego nos acercamos hasta el puerto paseando por la Rambla, tomamos asiento en la pasarela de madera que hay tendida entre los antiguos muelles y los modernos centros comerciales.

Allí, contemplando la puesta de sol, Elvira me abre su corazón y confiesa la inquietud que siente ante su cercano debut: no se considera preparada para representar el personaje que ha venido ensayando de protagonista. Es tan encantadora en su dulce modestia que me siento conmovido.

Su papel es el de Coppelia, una muñeca mecánica danzante y de tamaño real propiedad de un misterioso inventor llamado Coppelius; tan perfecta que un joven, al verla, cae rendido ante su hermosura. Enamorado de la muñeca, el joven deja incluso a su prometida para entregar su amor a Coppelia, que sin embargo, al ser un autómatas mecánico, no puede corresponderle, y la pasión acaba en tragedia, para regocijo de Coppelius, personaje siniestro basado en un oscuro relato de Hoffmann titulado *El hombre de arena*.

*Coppelia*, con música del compositor francés Léo Delibes y coreografía de Arthur Saint-Léon, fue interpretada por primera vez en 1870, en el Teatro de la Ópera de París, ejerciendo de papel protagonista la bailarina italiana Giuseppina Bozzachi. La obra resultaría un clamoroso éxito, pero no llegó a celebrarse más que una representación, pues a los pocos días del estreno estallaba la guerra con Prusia y la ciudad de París quedó sumida en la miseria y el terror.

Antes de acabar la contienda, el Teatro ardió una noche hasta los cimientos y la joven bailarina italiana murió arrojándose desde la catedral de Notre Dame, justo el día en que cumplía los 17 años, embarazada por un caballero de alcurnia que la cortejaba en secreto, un aristócrata encaprichado de la chica, que la sedujo hasta que le hizo perder la razón, y luego desapareció.

Naturalmente, todo eso no lo he querido comentar con Elvira, sino que la he reconfortado, alentando la confianza para que su astro brille al máximo el día del estreno. Quiero sienta la gloria del triunfo y el reconocimiento público. Es entonces cuando disfrutará su apoteosis, el verdadero acto que la transformará para siempre de gusano a mariposa.

Porque no puedo imaginarla convertida en una mujer de las que venden su cuerpo y su alma por alcanzar la supuesta ventaja social de un buen matrimonio, como si eso fuese a lo único que puede aspirar una chica con su talento, esa jaula de oro en la que muchas viven tan a gusto, con tal de tenerlo todo, renunciando a su libertad. Eso mismo es lo que le hubiera ocurrido de continuar el cortejo iniciado por el maestro de música.

Nadie puede apresarla en una jaula de oro, como hace su tía con tan buena como equivocada intención. Yo abriré la puerta de la jaula para que vuele libre durante toda la eternidad. Soy un artista que valora lo transitorio y temporal de la hermosura femenina, tan similar a la belleza marchitable de una rosa. Y por ello quiero que permanezca inmarcesible y sublime para siempre.

La brisa marina sopla entre sus cabellos pajizos, mientras con los últimos rayos de sol resplandeciendo en su hermosa pupila color verdeámbar, cae la tarde por detrás del horizonte como el telón de un teatro al acabar el acto final.

Ha llegado el momento. El Liceo de Barcelona fulgura con todas las luminarias encendidas, tanto en la fachada como en el barroco vestíbulo del edificio y la formidable platea decorada en maderas nobles y terciopelo rojo de color sangre. Ocupo mi lugar en el palco privado de proscenio al que tengo acceso, reservado desde hace un siglo, porque hay privilegios que perduran todavía. Desde allí puedo ver a Elvira como si la tuviese al alcance de mi mano.

El estreno de la obra *Coppelia*, para el que durante tanto tiempo ha estado ensayando con esfuerzo, es todo un acontecimiento en el mundo de la escena, ya que arrastra consigo una leyenda, la de que todos los teatros donde ha sido estrenada perecieron víctima de alguna tragedia posterior, o su protagonista femenina malograda. La maldición que pesa sobre dicha obra ya calcinó el Gran Teatro del Liceo en 1861, pues *Coppelia* era el ballet sinfónico que se hallaba en ciernes de representar cuando el fuego lo destruyó, propagándose del escenario a todo el resto del edificio, y la obra quedó suspendida durante años.

Un dato que conoce muy bien doña Lluïsa Giralt, por eso ha preferido no acudir al debut de su nieta Elvira, quedándose a la espera, con su anciano corazón en un puño, hasta que todo acabe y yo se la devuelva sana y salva, como eso pienso hacer porque soy un caballero. Tan florida y rutilante voy a devolverla como esa rosa que la señora Giralt ha recibido hace unos días, con su lazo negro anudado, evocando el antiguo maleficio que la marcó en cuerpo y alma.

El telón sube majestuoso y una salva de aplausos propaga su estruendo por el recinto, reconstruido con toda fidelidad y perfección tras la catástrofe de 1994, el segundo incendio que ha padecido en su agitada historia de santuario musical. Comienza la obra. Elvira está espléndida en su representación de la bailarina mecánica, cuya belleza resulta conmovedora.

Desde mi palco privado, vestido en traje oscuro, puedo ver a la directora del ballet, Neus Corbí, entre los bastidores, vigilando las evoluciones de sus alumnas, principalmente la intervención de la más hermosa de todas, que quizá le recuerde su propio ascenso a bailarina titular. De pronto alza los ojos y me ve, apenas una sombra solitaria y emboscada en la penumbra de un palco hace tanto tiempo desocupado. No puede disimular el escalofrío que la sacude como una descarga eléctrica, porque sabe muy bien lo que significa mi presencia.

Cuando acaba la función, el público que abarrotó los palcos y la platea, todo un relucir de trajes de gala centelleando de sedas y joyas, aclama con pasión a las jóvenes debutantes, en especial a Elvira, que ha brillado con luz propia en el escenario, una excelente interpretación de la muñeca mecánica que roba el corazón a un ser

humano, muy similar a la historia de la escultura Galatea de Pigmalión, reactualizada en *Coppelia* por el escritor Ernst Theodor Amadeus Hoffmann, porque así perviven los mitos llegando hasta nuestros días.

De pie, como el resto del aforo, aplaudo con sentida emoción el estreno de la joven promesa en el mundo de la danza. Poco antes de abandonar el Liceo llamo al chófer para que pase a recogerme y salgo, evitando el tumulto, por el acceso privado que hay en una calle adyacente. Nada más abandonar el edificio veo al chófer de pie, aguardándome junto al Mercedes. Entro y le ordeno:

--Dé la vuelta y deténgase frente a la puerta principal.

--Enseguida, señor.

Al cabo de un rato, el automóvil estaciona frente a la fachada del Liceo, por donde continúa saliendo el público entusiasmado. Veo acercarse a Elvira, ya con el vestido de gala que le regalé, rodeada por sus compañeras de interpretación y múltiples admiradores felicitándola; fulgura radiante y triunfal, una joven diosa que ha conquistado con su talento y hermosura el corazón cultural de Barcelona.

El chófer hace sonar el claxon para que nos vea y ella, henchida de felicidad, porque ahora yo soy el epicentro de su alma, levanta la mano para saludarme, con ese gesto de las jóvenes que todavía no han dejado del todo la gracia espontánea del adolescente. Baja como una princesa la escalinata de mármol blanco y latones bruñidos del recibidor panelado por espejos de gran tamaño, entre aplausos de la concurrencia. Yo salgo del coche a recibirla, tendiéndole mi mano, y en ese momento sucede algo imprevisto.

Elvira, con su atuendo blanco y el cabello recogido, se dispone a entrar en el Mercedes, mientras el chófer sostiene abierta la puerta de atrás. Yo espero de pie, admirado por lo bien que sabe llevar la ropa de gala. Pero de pronto, entre la gente que se agolpa en la entrada principal, aparece alguien gritando:

--¡Traidor!

Es el joven maestro de piano, Jordi Escandell. Se dirige a mí, con el rostro inflamado de ira, cubriéndome de insultos a voz en grito. La gente que le rodea, todos ataviados en traje de noche, le miran con estupor y desprecio, porque sin duda está borracho; viene con la ropa sucia, el pelo desarrapado y barba de varios días. La camisa fuera de los pantalones y el rostro desencajado por el odio que le consume al verme junto a Elvira, el primer amor platónico en su anodina vida.

--¡Eres mismo el demonio! --me grita enajenado.

Elvira se detiene paralizada por la impresión, con más pena que bochorno hacia su antiguo maestro de piano. Jordi Escandell avanza entre la gente, tambaleándose a trompicones. Viene directo hacia nosotros, mostrando su amarga desesperación. Yo aguardo junto al automóvil, sonriendo ante su patética muestra de inexperiencia. Entonces concedo mi brazo a Elvira para que suba en el Mercedes negro, como lo haría una princesa en el carruaje de corceles azabache.

--¡Maldito seas! --escupe Jordi desgarrado por la cólera.

Dos empleados del teatro salen del recibidor y le toman por los brazos para llevárselo casi en volandas.

--¡Me la quitaste sabiendo que yo la quería! --grita Jordi enloquecido, mientras los empleados de uniforme le sostienen, intentando apartarlo de la entrada para que no moleste a las personas respetables.

En ese momento, el joven profesor de piano se derrumba en el suelo, llorando desolado como un niño al que le han robado su juguete preferido. Yo entro en el vehículo y tomo la mano de Elvira para tranquilizarla, mientras ordeno al chófer impasible:

--Al Palace.

--Muy bien, señor.

El Mercedes atraviesa como una centella negra la noche barcelonesa y frena poco después frente al 668 de la Gran Vía, donde se alza el Hotel Palace, uno de los establecimientos más lujosos de la ciudad, epicentro de la alta burguesía. El portero ataviado de levita granate, con guantes blancos y sombrero de copa, entorchado como un mariscal de campo, corre hacia el vehículo al mismo tiempo que mi chófer nos abre la puerta para franquearnos el paso.

Elvira baja del automóvil escoltada como una señorita de alcurnia. Dos empleados del hotel abren las puertas batientes para que pase, y yo detrás, protegiéndole la espalda porque soy su galante caballero. Nos detenemos en el amplio recibidor. Elvira contempla un poco intimidada el solemne lujo versallesco que distingue al Palace. Todo reluce con sus bronces y mármoles pulidos.

Llega un maître contoneándose obsequioso y le digo que tenemos mesa reservada en el restaurante. Nos dedica una relamida reverencia y pide que le acompañemos hacia el comedor principal, a esa hora poblado de comensales iniciando la cena entre luces doradas y aromas de buqué. Nos acomodamos en una de las mesas dispuestas con flores, mantelería bordada, cubiertos de plata y cristalería de Limoges, alumbrado todo por el fulgor de las luminarias vitrificadas que cuelgan sobre los altos techos decorados con escenas pintadas al estuco.

Elvira está preciosa en su traje de color blanco, suave y liviano, con escote cruzado que resalta su pugnaz pecho juvenil. Cenamos hablando del éxito logrado en la interpretación de *Coppelia* como bailarina principal, de todo el futuro que se le ofrece a partir de ahora en el universo cultural de Barcelona. Ella está respira exaltada, bellísima y satisfecha, porque finalmente ha triunfado su inocente feminidad sobre mi oscura estrategia de seducción.

Al final de la cena le pregunto:

--¿Llevas puesta la ropa interior que te regalé?

--No --sonríe con impudicia--, hoy no llevo nada.

Salimos hacia la calle, mientras una pequeña corte de sirvientes abre las puertas a nuestro paso. Fuera encontramos al chófer de pie junto al Mercedes.

--A casa --le ordeno mientras nos abre la puerta.

--Perdón señor, ¿a la suya o a la de la señorita?

Sonríe y le respondo:

--A la mía.

--Por supuesto señor, enseguida.

Cruzamos la ciudad en dirección hacia la zona que atraviesa entre mansiones Avenida del Tibidabo, solitaria, envuelta en la bruma que desciende como un sudario blanquecino desde los pinares que pueblan el monte cercano. Elvira respira eufórica deseando entregarme su virginidad. Bajamos frente al palacete neoclásico donde resido. El chófer se marcha discretamente y nosotros entramos. El espacio vacío del salón principal resuena con eco a cada paso en el entarimado de roble. Cruzamos la mirada. Entonces Elvira desabrocha el vestido, que cae liviano a sus pies, dejándola frente a mí completamente desnuda.

--Tómame --susurra.

La miro tan sólo un segundo antes de replicar:

--Yo nunca me acuesto con mis personajes.

Ella se queda mirándome desorientada, los ojos atónitos y desmesurados, desarbolada por la humillación, y yo considero necesario añadir:

--No quiero cometer el mismo error que Pigmalión.

Me conmueve y es muy hermosa, pero he de ser fiel a mis principios. Un verdadero artista debe saber elegir entre amor al arte o el arte de amar.

--Por favor --suplica con lágrimas en los ojos--, quiero ser tuya.

Entonces doy media vuelta, dejándola plantada, con el brazo suspendido en el aire, desnuda en medio de aquel espacio vacío flotando en la penumbra de la noche, tan similar a un escenario, mientras puedo escuchar el silencioso aplauso de un fantasmal auditorio ante su fervorosa entrega.

--Ya eres mía --contesto antes de salir.

La luna gravita sobre Barcelona, desértica de tráfico a estas horas, envuelta entre las luces fatigadas de la noche. La joven bailarina de ballet camina con los ojos anegados de llanto, herida por mi estocada mortal. Detiene a un taxi solitario que cruza con su lucero verde atravesando despacio el Paseo de San Gervasio y vuelve a casa, desolada por el rechazo infligido cuando esperaba una noche de amor entre sábanas de raso color escarlata.

Llorando a lágrima viva, entra en el ático de su abuela, que ya duerme cansada de aguardarla. Sobre la mesita de junto al mirador, iluminada por la luz pálida y sicalíptica de la luna que atraviesa los cristales emplomados, destaca el rojo encendido de la rosa, cuyo tallo aparece anudado por un lúgubre lazo negro. El sombrío regalo que desde hace años la vieja dama recibe ocasionalmente de un presunto admirador secreto. Junto a la flor hay un pequeño sobre de color púrpura y dentro una tarjeta con un texto redactado a mano en elegante caligrafía.

La joven enjuga su llanto y se acerca curiosa, porque doña Lluïsa Giralt nunca le ha querido revelar la verdadera identidad de la persona que le manda ese luctuoso presente. Toma el sobre púrpura y contempla con asombro que la rosa no había llegado esta vez a nombre de su tía, sino al suyo propio: Elvira Giralt. Muy lentamente, como si temiese desvelar un secreto maldito largo tiempo sepultado, que su anciana tía deseara llevarse a la tumba, extrae la tarjeta del sobre para comprobar la identidad del incógnito remitente. Y entonces lo ve.

La luna tiñe de fulgores plateados el iris ámbar de su mirada, mientras contempla el nombre caligrafiado con tinta de color negro. Las manos le tiemblan cuando devuelve la tarjeta dentro del sobre y toma la rosa con su lazo de luto. Sale con sigilo al rellano del ático y asciende la escalera que sube hasta la cumbre del edificio, un templete circular al estilo grecorromano, sobre cuya cúspide campa la escultura en bronce reproduciendo un colosal Ave Fénix. Dentro del templete no hay nada, es un espacio vacío, con el suelo cubierto de polvo y la porquería seca de las aves que penetran por entre las columnas dóricas de alrededor.

Una tortuosa escalerilla metálica sube hasta la escultura de bronce, y Elvira se descalza de sus elegantes zapatos de tacón para subir con facilidad. El viento hace crujir su vestido blanco igual que la vela de un barco. Asciende despacio, con la rosa en la mano, sosteniendo el equilibrio hasta llegar al pie de la portentosa escultura mitológica, símbolo de inmortalidad y renacimiento, que corona lo más elevado del edificio. El relente nocturno agita su cabello enredado en el rostro, húmedo por el llanto. Ha llegado la hora del último episodio antes de bajar el telón de la obra que acaba de protagonizar. Elvira extiende los brazos al aire, inspira por última vez en su vida, cierra los ojos con amargura y se arroja desde lo alto.

Llueve ligeramente y ya la cercanía del alba colorea en ámbar la oscura línea del horizonte marino. Un buen artista comprende cuándo debe culminar su obra, y ese momento ha llegado. El Mercedes negro se detiene despacio y silencioso junto a la esquina del edificio coronado por la escultura del Fénix. Todavía no hay tráfico en la gran avenida. Me apeo del automóvil frente al pórtico del inmueble. La rosa roja destaca con su lazo negro en el suelo, junto al cadáver de la joven bailarina. La observo durante unos instantes, mientras la luz vaporosa del amanecer ya desvanece los lienzos negros de la noche.

Aquí concluye mi experimento literario. Los personajes viven ahora dentro del corazón de los lectores, mientras el autor vuelve a su inframundo de tiniebla. He desplegado mi teoría. La belleza constituye la cumbre del intelecto humano, un rasgo de trascendencia más allá de la propia existencia terrena. El Seductor, como todo artista, desea immortalizar a la seducida en el momento culminante de la relación emocional, para que la belleza y el sentimiento no se marchiten jamás, aunque sea necesario acabar con su vida, evitando el estrago de la vejez.

No hay ningún engaño en ello. La seducida lo intuye así desde un principio, pero sigue adelante fascinada como una mariposa en dirección a la llama que la calcinará con su aliento de fuego en el instante mismo de conquistarla.